

en una barbería. Ya se comprenderá fácilmente por qué Berrendo, á fin de adquirir mayores informes, entraba á que le rasurasen una barba que no tenía más que ochos días.

Mientras el barbero peinaba los negros bigotes del joven viajero, éste dirigía envidiosas miradas á una guitarra que tenía casi todas sus cuerdas, y que pendía de un clavo colocado en la pared.

— Maestro, le dijo, necesito esa vihuela esta noche, por unos instantes; ¿ me hace usted el gusto de prestármela, dejándole una prenda de más valor, se entiende?

— ¿Cuál? preguntó el barbero.

Berrendo señaló con el dedo su espada con puño de plata, primorosamente trabajado, despojo ópimo de un campo de batalla, y que al entrar había colocado en una silla.

— Caballero, dijo el barbero colocando la guitarra en el mismo lugar, se la presto á usted con el mayor gusto, y sin que deje prenda alguna, sin embargo de que esta vihuela tiene para mí un precio inestimable.

Berrendo tomó el instrumento, lo ocultó bajo los pliegues de la capa, y salió de la barbería prometiendo volver al día siguiente.

La Caverna de Púcuaro



Aquella misma noche, eran cosa de las diez, todos los habitantes de Púcuaro dormían, con raras excepciones, y entre otras, con excepción de la joven torcedora y de su madre; la puerta estaba cerrada, así como las ventanas, y detrás de las rejas de madera, se hallaban las dos mujeres, en uno de los cuartos de la casa, que caía á un jardín plantado de granados y otros árboles frutales. Era fácil penetrar á aquel jardín por una hilera de nopales, que se extendía por ambos lados del edificio, y por la parte de la calle.

En ausencia del jefe de la familia, marido de la anciana y padre de la joven, que servía á la causa de la insurrección, á las órdenes del general Terán, en el Estado de Oaxaca, las dos vivían con el módico producto de su trabajo de torcedoras; y si la anciana había manifestado á Berrendo, que era para ella desconocido, tanto desprecio respecto de los insurgentes, era una astucia que empleaba por prudencia. La madre y la hija conversaban, trabajando en la preparación de los productos de su industria. Creyendo que nadie la escuchaba, la madre decía á la hija:

— ¡Qué tal, Luz! ¿hacía yo mal en decirte, que se atrae con más seguridad á los hombres con desdenes y altivez, que con el cebo de las sonrisas y de las miradas tiernas? Ahí tienes dos hombres que, en dos días, han caído en las redes tendidas por el orgullo de tu porte, que no habían visto en tí más que una querida fácil, y entre los cuales puedes ahora escoger un marido.

— ¿Cree usted, madre, dijo la joven, que esos dos señores...

— ¡Que si lo creo!.. no dependerá más que de tí, ahora que están interesados los dos, por ese aire de pudor de que te aconsejé te armaras. Abandona á las

feas que necesitan combatir la frialdad que inspiran, entusiasman los corazones, con ardientes miradas; déjales sus coqueterías, frases interrumpidas y sus provocativas sonrisas. Ahora, hija mía, los hombres no aman ni estiman á las muchachas bonitas como tú, sino en razón de lo que ellas parecen apreciarse y estimarse á sí mismas. Si tú quisieras, tendríamos dos guías, dos compañeros de viaje, en lugar de uno, para escoltarnos hasta Tehuacán, en donde nos espera tu padre todos los días. ¿No te parece que esos dos señores pueden poner á nuestro servicio un brazo vigoroso y un corazón valiente?

— En efecto, parecen aguerridos y acostumbrados á los peligros de la guerra civil; ¿pero cómo me he de manejar? Si doy la preferencia á uno, se desalentará el otro, y en lugar de dos protectores, tendremos solamente uno.

— Pues bien, hija mía, mostrándote fría con los dos y haciéndoles esperar que el más valiente será el preferido, dándoles esperanzas, y desdeñándolos, alentando al que hayas despreciado, y despreciando al que hayas alentado, haciendo feliz al que quieras con tu elección.

— ¡Ay, madre! dijo Luz suspirando, esto le parece

á usted fácil, y á mí me parece imposible: si mi corazón habla en favor de uno de ellos, mis ojos y mi boca pueden decir lo contrario.

— Déjame trabajar á mí, y si no ha escogido tu corazón... El joven de esta tarde, con sus cejas negras y sus ojos vivos y brillantes...

— D. Andrés tiene más fuego en el único ojo que le queda, que el joven en sus dos pupilas, y la puñalada que lo privó del otro, ¿no habla en favor de su valor?... Según yo creo, es una cicatriz muy gloriosa.

— Es verdad, y parece que nada se escapa á aquel ojo penetrante. ¿No viste ayer cómo adivinó, en el acto, que hacíamos desde el fondo de nuestro corazón votos por el triunfo de la insurrección?

— Su sagacidad y su valor, ¿no deben preservar de todo peligro á la mujer que ame?

— ¡Hum!... esa previsión es un encanto en el amante, y un inconveniente en el marido.

En este punto de la conversación se hallaban las dos mujeres, cuando los sonidos lejanos de una vihuela turbaron el silencio de la noche; en seguida, una voz más varonil que armoniosa, cantó en la desierta calle la copla siguiente:

Luz divina de los ojos
Que á mí me tienen cautivo;
Ven y verás los despojos
De mi corazón altivo...

— Los versos son galantes, dijo la vieja, y me parecen hechos expresamente para tí. *Luz* es tu nombre, y tú eres quien lo inspira; y es la voz del joven de las negras cejas.

— Quisiera mejor que fuera la voz de Andrés, dijo *Luz*.

— ¿Qué importa? Da al uno tu corazón sin dejar de escuchar al otro.

Y las dos mujeres esperaron la contestación de los versos; pero el cantor también esperaba alguna señal de aprobación á sus estancias amorosas, mas sólo se le contestó con un profundo silencio. Sin embargo, no se dió por vencido, porque al cabo de algunos instantes se escuchó de nuevo la voz, y esta vez en el jardín, cuya cerca había saltado el músico. Ahí, sin que pudiesen verlo, prosiguió imperturbablemente la canción á que no había tenido respuesta. Era Berrendo, quien no tenía bastantes versos originales para variar sus canciones; pero el verso no se concluyó, porque oyeron la hoja de una espada al salir de la vaina, y algunas

palabras amenazantes, cambiadas entre dos interlocutores.

— ¡Jesús! ¡van á pelearse!.. exclamó la vieja con espanto; han sacado las espadas: adiós de nuestros protectores.

En cuanto á sacar la espada, Berrendo no podía hacerlo, porque recordará el lector que había dejado su espada en prendas de la vihuela, y lo había cogido desprevenido Andrés, que habiéndose ocultado antes que él en el jardín, había escuchado casi toda la conversación de que él y su rival habían sido objeto.

— ¡Deténganse ustedes tres! exclamó la madre; mi hija no ha dado derecho á nadie para que se peleen por ella; pero sí, depende de ustedes que uno de los dos rivales la obtenga más tarde.

Al oír tan inesperadas palabras, los dos hombres guardaron silencio.

— Acérquense ustedes á la verja, añadió la vieja, porque van á recibir de una madre, celosa del honor de su hija, la mayor prueba de confianza. Mi hija y yo tendremos por infame al que no venga aquí con la espada envainada, y la paz en el corazón y en los labios.

Tanto Andrés como Berrendo, se presentaron con

sombrero en mano, en la zona luminosa que proyectaban por fuera de las verjas dos velas de sebo, el primero sin rencor y confiando en la tierna confesión que había sorprendido en los labios de la joven; el segundo, con la seguridad que tenía de su propio mérito. Entonces, la madre de Luz mezcló, con destreza, las promesas de suavizar el genio feroz de su hija y la tribulación de una viuda y de una huérfana, lejos del cabeza de familia; hizo lucir tan bien á los ojos de los dos galanes la esperanza de la más dulce recompensa, que cada uno de ellos, seguro de vencer á su rival, prometió acompañar á la madre y á la hija hasta el fin del mundo, sin romper los lazos, aún mal sujetos, de una reciente amistad. Con el fin de no perder el fruto de tan buenas disposiciones, fijó la vieja el día siguiente por la mañana, para marchar á Tehuacán; y en seguida, cada uno se dirigió á su habitación.

— Ya ves, Luz, dijo la madre triunfante, que todo depende de la manera de portarse, y que he soldado la cadena sobre dos corazones, de los que puedes disponer á tu gusto en lo de adelante.

Lo que decía la vieja era tan cierto, que al amanecer, según habían convenido, Andrés y Berrendo caminaban hacia la caverna de Púcuaro tan pacíficamente

como si nada hubiese pasado la víspera desde su encuentro en la iglesia. Media hora después, ataban sus caballos al tronco de la encina, que cubría la entrada de la gruta. La cortina de yedra flotaba tan intacta, al menos en apariencia, como cuando Berrendo la había levantado la víspera; pero á la vista perspícaz del rastreador, los ramilletes de hojas, aunque imperceptiblemente movidos, indicaban que el lienzo de verdura se había levantado muchas veces para salir y entrar con frecuencia. Sin embargo, Berrendo, antes de penetrar en la caverna, cuyos extraños rumores le habían causado tal espanto, preguntó al rastreador si tenía alguna contraseña particular, diversa de la que á él le habían dado, porque hubiera sido imprudente despertar la desconfianza de los agentes de D. Ramón. Tapia lo tranquilizó sobre ese punto, y los dos penetraron resueltamente en la caverna; sin embargo, como ignoraban con quién tenían que habérselas, no avanzaron sino con circunspección.

Apenas habían dado algunos pasos á tientas (porque la cortina de yedra interceptaba la luz del día) cuando unos vagos rumores llegaron hasta sus oídos. Por vagos que fuesen tales rumores, se mezclaban á ellos voces humanas. Poco después, comprendieron los dos

compañeros la causa del ruido. Al salir de un desfiladero que comunicaba con la parte más extensa del subterráneo, se detuvieron ante un extraño espectáculo. La luz que producían unos hornos enormes, mostraban bajo una cúpula inmensa de granito, elevadas y numerosas columnas formadas por la filtración de las aguas. La luz del fuego alumbraba una multitud de hombres que iban y venían, unos chorros de metal incandescente que salían de los crisoles, y más lejos, unos caballos ensillados y enfrenados, y dispuestos para cualquier caso, estaban atados á las paredes.

— ¿Qué le había dicho á usted?... exclamó el rastreador. ¿No es ésta la *maestranza* de D. Ramón? No son ciertamente los españoles los que se ocultan en el seno de la tierra para fundir cañones. No puede ser más que el hombre encarnizado en la lucha y bastante atrevido para ir á arrancar el salitre á las sepulturas de las iglesias.

Á tal observación, nada había que contestar. ¿No era ésta la única manera de explicar la súbita desaparición de D. Ramón Rayón y de su tropa?... Los dos desconocidos se vieron inmediatamente rodeados de insurgentes, que se lanzaron á ellos.

— Condúzcanos ustedes á presencia de D. Ramón, dijo Tapia.

— ¡No conocemos á D. Ramón!.. exclamó uno de los trabajadores.

— Y tampoco conocen ustedes, á lo que veo, á Andrés el rastreador, puesto que tratan de engañarlo. D. Ramón Rayón se halla aquí, y yo le traigo un mensaje del general D. Ignacio, respondió el rastreador, sin conmoverse por la red que le tendían.

Un oficial atravesaba en aquel momento el círculo de luz que proyectaban las fraguas, y el rastreador exclamó:

— Señor D. Ramón, un mensajero de su hermano de usted solicita hablar á usía.

— ¿Quién es usted, amigo, que parece conocerme y á quien yo no conozco? dijo el oficial.

— Un hombre que sabría distinguir entre dos hermanos una semejanza, más vaga aún que la de usted con su hermano, contestó Andrés sonriéndose, y de cuya fidelidad no dudará usted cuando le manifieste la misión que traigo, con una palabra que usted solo debe escuchar.

El rastreador se inclinó al oído del oficial, y murmuró algunas palabras que nadie escuchó, pero que le causaron una penosa emoción.

— Está bien, dijo lacónicamente: este hombre es de los nuestros.

Aunque Berrendo conociese perfectamente á D. Ignacio, confesó que jamás habría reconocido á D. Ramón, por su semejanza con su hermano, y esta circunstancia le dió mejor opinión de la sagacidad de Andrés.

Admitidos como mensajeros del general Rayón, los dos aventureros se pusieron al corriente de los sucesos que habían motivado la desaparición súbita de D. Ramón. Un mes antes de aquella fecha, la caverna de Púcuaro no se hallaba habitada más que por los huéspedes amigos de las tinieblas. La casualidad había conducido á aquel retiro á uno de los soldados del comandante D. Ramón Rayón, y como Berrendo, aquel hombre había retrocedido ante los espantosos rumores causados por los animales inmundos ó feroces. D. Ramón juzgó en el acto, cuando supo aquel descubrimiento, qué ventajosa sería para él la posesión de aquella caverna, en donde debía abundar el salitre que buscaba, y tomó las medidas necesarias para hacer practicables las salidas. Llegó él mismo, acompañado de algunos de sus soldados, provistos de hachas de viento. Apenas traspuso el umbral, cuando una nube espesa de murciélagos, espantados con el brillo inusitado de las luces, se precipitaron sobre las antorchas

y las apagaron; pero no tan pronto que no les hubiese permitido distinguir una maravillosa columnata de estalactitas, formadas de nitro puro. Para personas que buscaban por todas partes las sustancias necesarias para la fabricación de la pólvora, aquel era un favor de la Providencia. Sin embargo, la Providencia exigía que se respetasen aquellas pilastras naturales que sostenían sin duda la bóveda de la caverna, y D. Ramón se vió obligado á recurrir á otros medios. El suelo estaba lleno de estiércol y otras inmundicias; D. Ramón mandó echar brea y azufre, y prenderle fuego. Durante quince días consecutivos, las llamas devoraron en la gruta todos los huéspedes que abrigaban, y cuando se apagó el incendio, el ingenioso partidario se encontró dueño de una guarida inaccesible, en donde podían acampar fácilmente dos mil hombres, cuyo terreno, saturado de salitre, le produjo abundantemente los primeros elementos de la pólvora. Se habían establecido allí cuatro fraguas, que trabajaban con la mayor actividad; en el momento en que nuevos recursos parecían salir del seno de la tierra, fué cuando los dos aventurerós penetraron en la caverna. D. Ramón hizo vanos esfuerzos para detener á su servicio, primero á Andrés y después á Berrendo; pero ni uno ni otro quisieron consentir. Pretextaron, para rehusar

sus ofrecimientos, órdenes del general D. Ignacio, que los obligaban á volver á su lado.

El sol iba á la mitad de su carrera cuando volvieron á Púcuaro, lo que les permitió consagrar el resto del día á los preparativos del viaje. Andrés y Berrendo tenían por casualidad bien provistos sus bolsillos, y sin comunicarse sus proyectos, los dos se encontraron al día siguiente delante de la casa de la vieja, con dos caballos ensillados que habían comprado, uno para la madre y otro para la hija. Era una galantería, de que la vieja no pareció quejarse. En cuanto á la segunda, á despecho de sus esfuerzos para conformarse á las lecciones de su madre, conservó una actitud altiva y desdeñosa; sus encendidas mejillas, y sus ojos en que se pintaba el amor y la languidez, no dejaban adivinar en ella sino muy poca aptitud para el papel que se le imponía. Al ver los cuatro caballos que los dos galanes habían conducido, la madre de Luz le dirigió una mirada de triunfo; pero la pobre niña, avergonzada al comprender su significado, no contestó más que cubriéndose el rostro con el rebozo para ocultar el rubor de su frente, como la flor de la mimosa púdica cierra sus pétalos á un áspero contacto. El rastreador examinaba aquella muda escena, sin parecer observarla;


pero aun cuando no hubiese sorprendido los sentimientos secretos de la madre y la hija, las disposiciones de Luz no se habrían escapado á la penetración de sus miradas.

De los cuatro caballos disponibles, se eligieron dos para que sirviesen cuando se cansaran los primeros durante el camino, y las mujeres montaron en ellos con auxilio de los galanes. Dirigiéndose en seguida la vieja á los dos, les dijo :


— Caballeros, ustedes son responsables ahora de la vida y del honor de dos mujeres.

— Ojalá, y el primer precipicio te trague, condenada bruja, dijo Berrendo en voz baja, retorciéndose los bigotes.

Y la comitiva se puso en marcha para Tehuacán.



El Segador nocturno



Tehuacán está situado en el Estado de Oaxaca, Púcuaro en el de Valladolid, y no era entonces la empresa fácil atravesar, acompañado de mujeres ó con un cargamento de mercancías, la distancia de más de doscientas leguas, que separa ambas poblaciones. Era un viaje largo y peligroso. Además del riesgo que corría todo jinete armado, de que lo tratasen los españoles como insurgente, es decir que lo ahorcasen, sin más forma de proceso, del primer árbol que se encontrase en el camino, los viajeros pacíficos, los arrieros y los